

LA VIDA DE SAN VICENTE

Hijo de Guillén Ferrer, notario de Valencia, que trabaja hasta el final de su vida, como he tenido ocasión de descubrir en los archivos de Valencia, inicia la vida religiosa, que era la vía más ancha y fácil, en la Edad Media del clasicismo cerrado, de los privilegios y los esatentnos, para saltar por encima los encasillamientos feudales. Su vocación combativa, a la par que religiosa, le lleva al puesto donde sus dotes mejor podían emplearse: la Orden de Padres Predicadores, arma necesaria de la Iglesia de su tiempo para combatir, con los medios de la palabra y de la inteligencia, a las múltiples herejías —albigenses, cátaros, búlgaros, etc.— que amenazaban minar la base misma de la Iglesia europea.

Amigo Vicente Ferrer, como paisano, del aragonés Luna (Benedicto XIII), le duele en el alma más que la afección y la aislada postura de su coterráneo, el peligro que corría la Iglesia, dividida por un cisma absurdo, en el que una y otra parte —Roma y Aviñón— no discrepaban en puntos de doctrina, sino en materia de obediencia. Este dolor le hace preferir la equidad y la solución al amor de amigo, y abandona el partido del Papa Luna para militar en el de Martín V, que prevalecería.

Hombre de gran fama de prudencia, fué consultado por los reunidos en Constanza en el célebre Concilio que debía buscar la solución al Cisma, y fué designado compromisario por Valencia en el también celeberrimo Compromiso reunido en Caspe, del cual saldría la instauración en Aragón de una rama de la familia real castellana de los Trastámara, rama y dinastía que darían a Aragón las glorias de un Alfonso V, el primer César del mundo moderno, y de un Fernando el Católico.

Además de funciones de enseñanza en Valencia y Barcelona, la actividad preferente de San Vicente fué la definidora de su Orden religiosa: la predicación. Hablando en valenciano enardecía a las multitudes, convencía a los herejes val-

denses y era amado por valencianos, aragoneses, catalanes, provenzales, piamonteses y lombardos, que entendían —pese a sus diversas lenguas— los sermones del santo. Taumaturgo sin igual, obró prodigios a docenas.

Nacido en Valencia en 1350, bautizado con el nombre del mártir patrón de la ciudad, muere en 1419 en Vannes (Francia), gastado por una vida de prodigiosa actividad.

UN HOMBRE IMPERIAL

Sobre el cañamazo de este esquema, somerísimo, de la vida del santo, que hace justamente seiscientos años naciera en Levante, se teje el maravilloso decurso vital de uno de los personajes más atrayentes de todos los siglos, prototipo de su tiempo y a la par superior a él. ¿Puramente eclesiástico? ¿Estrictamente político? ¿Exclusivamente predicador y taumatúrgico? ¿Preferentemente santificado? No. Fué todo esto, pero no únicamente cada una de las facetas de ese total. Fué, pues, una personalidad de características universales, pero por la vía del espíritu y de la inteligencia.

En otras palabras, que en un mundo medieval ya maduro para convertirse en la plenitud renacentista —que no es el comienzo de una nueva edad, como se pretende vulgarmente, sino la culminación de un largo proceso—, Vicente Ferrer es el prototipo de este Imperio que no reconoce fronteras, cuya ansia de dominio y de territorialidad se nutre por el camino intelectual. Y así, las gentes de todos los confines entendían sus palabras —repitamos con Nebrija que «la lengua fué siempre compañera de los Imperios»—, como si empleara en cada caso el propio idioma de los oyentes o parlara una *lengua franca*, como lo pudo ser el *latín* en el Imperio Romano o el *quéchua* entre los antiguos peruanos. ¿Puede darse algo más abarcador e imperial?

Pero no queda ahí su misión. Cuando un es-